

EL UNIVERSO NUMINOSO DE LOS LIBROS

*“El libro es el único que goza de la prerrogativa
de no ser extranjero en medio de extranjeros”*

Teofrasto

Augusto Escobar Mesa
Universidad de Antioquia
aescobarm49@hotmail.com

Cuando Borges sostenía que los libros eran “una extensión de la memoria y de la imaginación” (1998:4), ponía en funcionamiento aquella idea de Mallarmé, ya de dominio universal, de que el objeto del universo es el libro porque sus páginas abiertas lo contienen todo. Ellos son las piedras fundacionales sobre las que se han erigido los innúmeros y cambiantes órdenes del universo. Son, a su vez, la impronta del tiempo trascendido que afirma la razón de ser humana: homo loquens, homo sapiens, homo scribens.

Si la obra de arte trasciende a la ciudad por su hálito inefable de eternidad, los libros se liberan de la sujeción de quién los crea y de la evocación de su tiempo para entrar al dominio de una memoria colectiva universal que es reactivada y validada cada que un lector se acerca a ellos¹. La lectura los hace presentes temporales, porque en ese gesto de reconocimiento, su historia, como producto humano que es y limitada con respecto a la Historia, cobra vigencia y con ella el ser que la creó. La lectura hace posible una pequeña cosmogénesis al poner a funcionar parte de los resortes discursivos socio- ideológicos y mentales de su tiempo, esto al margen de la calidad estética o de cualquier tipo de valoración del texto en cuestión.

Con la lectura y sobre todo con las re-lecturas de los libros hacemos lo que hicieron los que nos precedieron y se hará siempre: urgencia de reconocimiento, ansia de identidad, anhelo de saber quiénes somos por lo que hemos sido y, en ese espejeo, aparece la mueca invariable, la del vacío de nuestros actos, la ausencia de lo deseado y la ajena contemporaneidad del

¹ Para Steiner: “La esencia del acto absoluto de la lectura es una esencia de reciprocidad dinámica, de respuesta a la vida del texto. El texto, al margen de su inspiración, no puede tener una vida significativa si no se le (¿qué clase de vida tiene un Stradivarius que no se toca?). La relación entre el verdadero lector y el libro es creativa” (1997:45).

porvenir. Quizás por eso, como sugería Hermann Broch: “La escritura es siempre una impaciencia del conocimiento”, por la imposibilidad de su realización. La lectura de los libros termina siendo un acto infinito - imposible de realizar por ningún ser- de un discurso finito -humano-² cuyas puntas han sido visibles desde tiempo inmemorial: la vida y la muerte y su ineluctable mediador, el tiempo.

Nos repetimos con la equívoca certidumbre de cambio. Cada lectura reconstruye, en su siempre afán renovador, impresiones mentales epigonales, por no decir pálidas imágenes de estructuras mentales substanciales gestadas en el pasado por unos cuantos seres iluminados. Para Emerson serían: Platón, Herodoto, Plutarco, Cervantes, Shakespeare, Milton, La Biblia; y, luego, los millones de libros que se han escrito después, no serían “más que aclaraciones, ecos, ampliaciones de esas contadas voces extraordinarias del tiempo” (1990:39); re-lecturas³. ¿Será que no hemos hecho más que eso: mirar el tiempo en su, a veces vertiginoso, a veces pausado, pero siempre dinámico devenir para explicar la razón de ser de nuestra también cambiante pero bien contingente condición, sin que haya nada de novedoso en nuestros actos que no se haya dado ya en los que nos precedieron y en la naturaleza? Y sobre todo esta, que es reto a nuestra efemeridad y el azogue que explica el orden del universo y su supuesto caos; es el artilugio que nos acerca al borde de ese abismo que aterra e ilumina llamado el tiempo; ése que pone de manifiesto nuestra orfandad y nos acosa en el deseo de realizaciones con las que ansiamos perpetuarnos. La naturaleza pone en evidencia aquella idea sentenciosa de Lucrecio: “Todo el mundo deja la vida como si acabara de nacer”. Así la historia, como el ejercicio continuo de recreación del orden material y de su contrario, no es más que una simple parodia, un simulacro de la naturaleza o, en otros términos, su lectura, eventualmente lograda, pero más de las veces, equívoca. De ahí su permanente e inagotable intento de re-leerla, y el acicate para-su-imaginación y para-la-imaginación.⁴

Remitiéndonos a aquella idea aristotélica apropiada por los empiristas de que nada hay en el entendimiento que no haya pasado por los sentidos, bien podríamos decir que nada hay en el hombre que no esté mediado por lo

² Es lo que Steiner llama de alguna manera: “la *vita brevis* del lector y el *ars longa* del libro... El lector más empedernido sólo puede leer una fracción de minuto de la totalidad de los textos que hay en el mundo” (1997:23).

³ En Eco encontramos una cierta imagen afin cuando afirma que desde el *Livre* de Mallarmé hasta ciertas composiciones musicales se observa “la tendencia a lograr que cada ejecución de la obra no coincida nunca con una definición última; cada ejecución la explica, pero no la agota; cada ejecución realiza la obra, pero todas son complementarias entre sí; cada ejecución, por último, nos da la obra de un modo completo y satisfactorio, pero al mismo tiempo nos la da incompleta, puesto que nos da en conjunto todos los demás resultados en los que la obra podría identificarse” (1985:81)

⁴ El sentido de ella como de los textos: “es cambiante y muda sin cesar” (Roa-Bastos 1988:39).

natural como imagen del mundo. El único sensato ejercicio que hemos hecho en unas cuantas decenas de siglos de presencia finita en el discurrir finito de las cosas y la naturaleza, es intentar leer, en ese único y gran libro del universo, no a ella, sino sus manifestaciones. Sin embargo, lejanos estamos de su aprehensión. Aun así y con todo, ello nos ha bastado para afirmar nuestro supuesto predominio e infundado reino. Ilusa presunción, porque cada día nos sorprende y nos hace rey de burlas.

Memoria viva

Igual es el acto de leer con respecto a ese otro universo, el de la creación humana, siempre subrepticia, enigmática y fascinante, precisamente por eso. Los libros son memoria viva porque en ellos se condensa el gene de la cultura individual y colectiva que le precede. Al pretender asirlos, ese código se despliega de manera múltiple renovando a cada instante la imposibilidad del deseo, pero también la provocación.

Los libros son síntesis difícil de explicar en su proceso de configuración singular; en ellos se da una morfogénesis de un universo de prácticas discursivas migratorias que van y vienen sin permiso, se cruzan en momentos inesperados y cuyos orígenes, de muchas, se desconocen en el inmediato presente y, de algunas, en cualquier futuro; de ahí se permanence y como diría Eco, su vocación de apertura, pero también, y paradójicamente, su condición de cerradez (1985:65)⁵. Los libros son la presencia de un tiempo y de una realidad que se testimonia con un lenguaje que le es propio, porque no será de otros; de ahí la imposibilidad de padecer otras mediaciones, ni de ser penetrados de nuevo; pero también en su acto de segunda e infinitas realizaciones a través de sus nuevos mediadores, los lectores, los libros son granada entreabierta que pueden ser apreciados en su tajante apariencia, pero en cuyos pliegues esconde no menos insólitos y recónditos secretos. La lectura de hoy ilumina la del pasado y ambas, a veces complementarias, a veces contradictorias, pero siempre móviles, dialécticamente abren la brecha para las que vendrán en el futuro. Cada lectura deja la impronta de su tiempo como rémora y confirma, al no poder penetrar la sólida e impenetrable osatura del texto, su armadura intemporal que lo proyecta más allá de su propia realidad.

⁵ A esta doble función, Eco la llama la “poética de la obra abierta” porque como él mismo afirma: “una obra de arte, forma completa y cerrada en su perfección de organismo perfectamente calibrado, es asimismo *abierta*., posibilidad de ser interpretada de mil modos diversos sin que su irreproducible singularidad resulte por ello alterada. Todo goce es así una *interpretación* y una *ejecución*, puesto que en todo goce la obra revive en perspectiva original” (1985:65-66).

Los libros sirven de regusto para los sentidos, sobre todo en aquellos lectores que no se sacian con la siempre equívoca visión primera, la de la mera historia que funciona como apéndice de la realidad. La naturalización de los libros comienza en el instante mismo que sale de la manos de su gestor, pero sólo adquieren carta de identidad en el ámbito de la cultura cuando se ofrecen en ágape permanente, cuando son devorados una y muchas veces. Definitivamente, como señala Calvino: “los libros están hechos para ser en otros” (1994:4). En el ritual del sacrificio el autor abandona de manera definitiva una de sus pieles (la obra, amada y a la vez vilipendiada); se desposesiona de ella para entregarla a los nuevos poseedores, y con ello inaugurar una cadena de verdades e imposturas. Los libros son entonces en y a la medida de los solitarios interlocutores. El silencio hace cómplice la comunicación. Leer se vuelve pues “un acto silencioso y solitario. Es un silencio vibrante y una soledad poblada por la vida de la palabra... leer de verdad significa estar en silencio y en el interior del silencio” (Steiner 1997:31,41-42).

Numinosidad

La inasibilidad es la virtud de los libros, pero también su “numinosidad” y “obsequiosidad” (Steiner 1997:21) al ofrendarse a diario y sin límite en un ritual que hace presente la memoria de los otros y lo otro (palimsésica). “En cada libro hay una apuesta contra el olvido” (Steiner 1997:23). Los libros iluminan a los espíritus abiertos y de distinta manera sin agotarse nunca. Acercarse a ellos es adentrarse en unas muchas otras vidas. Ellos abolen las fronteras entre la comunidad humana, pero igualmente despiertan la conciencia para la autoreferencialidad y la diferenciación; son transparencias a través de las cuales se perciben mundo mediatos y otros más distantes que enriquecen el espíritu y contribuyen a la identificación con otros seres que se expresan de modo diferente⁶. Son, según Paz, el signo mayor de nuestra condición (1997:15) y expresión diferenciada y esencial de la especie. El hombre es un ser de palabras y éstas, el umbral del universo humano (Gusdorf 1986:6).

Los libros tienen valor no tanto, como dice Calvino, “porque nos enseñan a conocer a un individuo determinado, sino porque nos presenta un nuevo modo de comprender la vida humana... y reconocernos a nosotros mismos” (1994:11). Ellos son el eco de voces que queremos escuchar, de pálpitos que se asemejan a los nuestros, de rostros que siguen proyectados en nuestra reminiscencia, de paraísos imaginarios que quisiéramos revivir o

⁶ Canetti lo pensaba así cuando sostenía que el escritor “toma parte en muchas vida, [pero] participa también en todas las muertes que amenazan a esas vidas” (1981:23)

recrear; por eso sólo llegamos al fin de aquellos libros que hubiéramos querido escribir por ser el cristal que proyecta nuestra propia imagen, los demás no tienen ni dejan huella porque no coinciden con nuestro precario trayecto de vida. En fin, ellos son sólo el pretexto para el reconocimiento propio, de ahí su vigencia que nos acompaña hasta que el último haz de luz se hace noche oscura. Mucho más que el asombro ante la infinita insondabilidad del alma es, para Kundera, “el asombro ante la incertidumbre del yo y de su identidad” (1986:165). Leer un libro es reconstruir el tejido de la piel de su gestor y las huellas que lo hicieron posible. Así lo creía Whitman cuando sostenía que quien leyera un libro, leía a un hombre, su tiempo, su historia y el pasado humano.

Con el mismo con que se inauguró esta reflexión, Borges, da el motivo para cerrarla cuando afirma que: “de los diversos instrumentos del hombre el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones del cuerpo” (1998:4). Los libros, como el cuerpo, son indivisos; atrapan o no, se hacen objeto de devoración o no; reivindica la unidad de la fragmentación que somos. Los libros, manifestación per se del espíritu humano, son, siguiendo a André Siniavski, una segunda vida, más rica y más interesante que la propia existencia porque despliegan una realidad múltiple y a la vez seductora que nunca se llega a comprender completamente (1985:69). Son objeto de conocimiento al esclarecer experiencias conocidas las cuales no se evidencian en su verdadero valor e ilumina caminos, sobre todo los que no se han recorrido y quizás nunca se harán; son también objeto de deseo porque encubren y acechan los propios, de ahí su permanente hechizo. “Encierran, lo dirá Emerson, la mayestática expresión de la conciencia universal” (1990:53)⁷. Son, en fin, el medio íntimo que permite entablar un diálogo con nuestro ser más recóndito y desconocido.

⁷ Quizá por eso, para Canetti, “sólo puede ser escritor quien sienta responsabilidad ante esta vida que se destruye... [debe] permanecer activo y jamás capitular bajo ninguna circunstancia... Su orgullo consistirá en enfrentarse a los emisarios de la nada -cada vez más numerosos en literatura- y combatirlo con métodos distintos a los suyos. Vivirá de acuerdo a una ley que es suya propia, aunque no haya sido hecha especialmente a su medida” (1981:362-3).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Eco, Umberto. La obra abierta. Barcelona: Planeta-Agostini, 1985.

Borges, Jorge Luis. "El libro". Leer y releer. Medellín, Departamento de Bibliotecas-Universidad de Antioquia 18 (jul./98). (Borges Oral. Barcelona: Bruguera, 1980).

Calvino, Italo. "El libro, los libros". Leer y releer. Medellín, Departamento de Bibliotecas-Universidad de Antioquia 8 (oct./94)3-20.

Canetti, Elias. Conciencia de las palabras. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Emerson, Radolph Waldo. Ensayos. México: Porrúa, 1990.

Gusdorf, Georges. La parole. Paris: PUF, 1986.

Milán Kundera y otros. Bogotá: Minotauro, s.f. (entrevista de Christian Salmón a MK. "Sobre el arte de la novela". Letra Internacional 1(en.-mar./86)

Maggi, Beatriz. El pequeño drama de la lectura. La Habana: Letras Cubanas, 1988.

Mutis, Alvaro. "Leer y releer". Revista Interamericana de Bibliotecología. Medellín, Universidad de Antioquia 11/2 (jul.-dic./1988)31-33.

Paz, Octavio. "Nuestra lengua". Leer y releer. Medellín, Departamento de Bibliotecas-Universidad de Antioquia 16 (nov./97)3-15. (La casa grande. México 4-5, may.-sep./97)

Pourquoi écrivez-vous? Libération. Paris (mars 1985)6-114

Roa Bastos, Augusto. "El autor como lector de su obra". Quimera 78-79 (1988)30-39.

Steiner, George. *Pasión intacta*. Santafé de Bogotá: Norma, 1997.